



EL FAMOSO ORO DE MOSCÚ, DE T.V.E., DE LA CIA, DE LOCKHEED, DE WILLY BRANDT Y DEL PRESUPUESTO GENERAL DEL ESTADO

POR fin la prensa y la televisión española han puesto patas arriba el famoso secreto del oro de Moscú. El ciudadano medio, que no estaba en nómina, se ha enterado con pelos y señales, con cifras exactas y números contables de los sueldos, dietas e incentivos que cobran los enanos infil-

trados. Un huelguista cualificado cobra seis mil pesetas diarias, un preso político de cierto interés coge diez mil, un dirigente, según escalafón, puede llegar hasta cincuenta mil y a un terrorista, incluido el plus de peligro, le sale por las cien mil pesetas limpias de polvo y paja, dinamita aparte. Las últimas noticias son que los teléfonos del Kremlin están bloqueados. Como estas tarifas se han escrito y se han dicho sin un ápice de humor, como cosa segura, el español medio ha descolgado el auricular y ha llamado a Moscú para que lo pongan inmediatamente en nómina. Debo confesar que también un servidor lo ha hecho, pero me he encontrado con que la centralilla de la Plaza Roja estaba bloqueada.

Pasa que uno es idiota irreme-

diable y ahora se entera de que aquí todo el mundo cobra de alguien sin dar golpe. Televisión española paga cada mes un sueldo gordo a cuatrocientos tipos misteriosos que no trabajan en televisión española. El Lockheed ha embadurnado con pasta de dólar a unos señores por el solo hecho de alargar la mano desde el borde de determinado sillón. La CIA reparte sobres periódicamente como los toreros malos. Algunos políticos españoles se van de pronto a Alemania y se traen para acá cargamentos repletos con el famoso oro de Willy Brandt. Y otros finalmente no tienen necesidad de ir a ninguna parte, como es el caso de las asociaciones, que haciendo el bobo, resulta que su oro particular está asignado en el Presupuesto Gene-

ral del Estado. Las asociaciones siguen este principio axiomático: quien vive fuera del Presupuesto, vive en el error. Hacen bien. Mientras dure y la gente no se dé cuenta del truco...

Debo anunciar oficialmente que un servidor es tan tonto que no cobra de nadie, ni de la Cia, ni del Lockheed, ni de Willy Brandt, ni del Estado. He intentado apuntarme, eso sí, al famoso oro de Moscú en vista de la nueva subida de tarifas y de que se trató de un sueldo fácil y bastante generoso. Pero ya digo que me he encontrado de pronto con la centralilla del Kremlin bloqueada. La verdad es que no ayuda a triunfar esta costumbre de levantarse a las once de la mañana. A esa hora ya está todo decidido y asignado. ■ VICENT.

¿ESTO ES LA TRANSICIÓN?

A mí me gustan mucho las transiciones. Me hubiera gustado vivir cuando la gente transitó del dórico al jónico, o de la ética de Kant a la dialéctica de Hegel, o del románico al gótico. Por desgracia, aunque, eso sí, menos da una piedra, vivo cuando la gente transita del autoritarismo a la democracia. Así como a un señor que yo he leído le hubiera gustado pintar un cuadro como de Delacroix en el que se viese a un amigo suyo en el momento de descubrir que los juicios analíticos a priori no existen, a mí me gustaría pintar a la Comisión Mixta en el momento de descubrir

que la transición se descubre transitando. No quiero pensar lo que hubiera sido si después de las primeras relajaciones del románico no llega a ocurrir nada propiamente gótico. Desde luego habría estado justificada la furibunda manía del Ministerio de Educación y Ciencia contra la Historia del Arte. No es que el gótico empezase de golpe, eso no. Al principio hubo un poco de centrismo, una cierta moderación equidistante, y todavía se ven monumentos a la vez góticos y románicos, pero también se ve que el románico va de capa caída. Pero un día la gente se levantó al rayar el

sol, miró por la ventana y, ¡zas!, allí estaba la catedral de Burgos. Ni rastro del románico. La gente dijo: «A ver si ahora nos dejan tranquilos, que ya acabó la transición.» Y tomando la cayada y las merinas salieron al aire del monte, que era todo gótico, y la gente expresaba sus sentimientos, que eran góticos, y cuando los monjes escribían, pues se admiraban ellos mismos de lo bien que les iban saliendo los caracteres góticos. A nadie se le ocurrió decir que aquello era una traición al románico. Se conoce que en aquella coyuntura trabajó muy bien la Comisión Mixta. Pero,



ahora, aquí me tienen sentado a la espera de que llegue la democracia de una puñetera vez, y que me dejen salir al aire con la cayada y las merinas y pueda saludar a la vida nueva, y las nuevas mujeres me besen como aquellas madonas de cuello largo que inauguraron el gótico. ■ LICANTROPO.